

Crónica: Una muchacha del montón

Por Ilse Bulit
ilse@enet.cu

La Habana, octubre (SEMIac).- No estaba ni entre las últimas candidatas para Belleza Latina, ni en los primeros puestos para optar por el papel de la bruja de Blanca Nieves en una saga respetuosa de la estética de Walt Disney.

Pertenecía en todos los aspectos existenciales, tanto espirituales como materiales, a ese término medio no definido claramente ni por filósofos, ni por poetas, ni por médicos intensivistas, sino por aquellos expertos cocineros chinos, los únicos sabedores del significado de un bistec término medio, solicitado por un cliente. Ser o estar en el término medio en países desafortunados, impetuosos, apasionados, augura la invisibilidad para bien o para mal.

Dentro de las especificidades vigentes en el canon de la belleza, clasificaba para pasarelas desahuciadas. Ni pechos de exuberancia erguida, ni piernas esculturales. Tampoco frente plano, ni extremidades inferiores huesudas.

Vestía a lo moderno, limpia de exageraciones en lo corto al norte y al sur del cuerpo y también ajena al chillido, porque ya no es grito, de la moda de la última marca vestida por la artista de turno. Ni nacida en hogar de una sola comida al día, ni en los de derroches de platos copiados a chef internacionales, era modesta por convicción y oficio.

Una estudiante universitaria disciplinada y cumplidora. Al ser un ente exento de los lugares cimeros, aparecía en esos 10 primeros expedientes, justo en el medio. Acaso daba la nota entre algunos compañeros porque bajaba los ojos y estaba programada para ruborizarse ante las palabras mal sonantes, normales ya en el habla de los jóvenes.

Nunca olvidaba saludar, sonrisa en labios, y pedir permiso para pasar entre quienes obstaculizaban el libre tránsito y hasta para entrar en una conversación. Y si lo hacía, en tono bajo y ocupando el tiempo mínimo para expresar sus coordinadas ideas.

Apareció ese día en el aula en su papel de sombra aceptable. Bullía la muchachada en espera del famoso conferencista invitado, cierto cincuentón atractivo por sus conocimientos intercalados en una labia provocadora y por su físico todavía en competencia con el peso corporal de los estudiantes. El esperado miró de reojo a las bellezas latinas, advirtió la estúpida envidia en los heterosexuales, creyó adivinar a los gays y, por supuesto, pasó por alto a la del montón.

Desde la introducción, cautivó a la audiencia. Colocó a la familia en un plano descendente y la culpó de las carencias de virtudes fundamentales en sus embelesados escuchas. Las enumeró en aptitudes y actitudes, situando en las

últimas, las desgracias mayores para un futuro personal y global. En el organizado juego de roles culpables, le colocó la corona a la institución familiar.

Al saberlos avergonzados y al borde de una depresión instantánea, apeló a la desintoxicación con el consabido recurso del humor. Media sonrisa e instaló el ejemplo. La madre imponía el castigo a un niño por gritarle la más fuerte palabrota de moda. Tres días sin tocar la computadora. A la entrada del padre en la escena, agregaba otros tres días al castigo. A la tarde siguiente, en ausencia de ellos, la abuelita, en diminutivo y femenino, levantaba la sanción.

Entonces, los creyó preparados y para medir la asimilación de los contenidos, pidió opiniones.

El expediente uno del aula captó la señal. La carretera iluminada para congraciarse con el conferencista. En los medios académicos, después, el hablaría de aquellos excelentes muchachos encontrados. Adelantó hasta una risa corta y en casamiento de Tolkins con la Rowling, desplegó la imaginación y rastreó en su falsa memoria, incidentes con una abuela analógica inepta para atender los requerimientos de las nuevas generaciones.

Los compañeros abrazaron el mensaje del líder: el fracaso de la abuelidad fue proclamado en repetidas intervenciones. Por ser demasiado consentidoras, por malcriarlos a su antojo, por discrepar e incumplir las líneas trazadas por los padres, presentaban ellos baches en la personalidad. Y de contra, recibían de ellas las máximas críticas y provocaban, con sus opiniones, conflictos en la familia.

Las mejillas enrojecidas de la estudiante común, la que no brillaba de modo espectacular, indicaron alteraciones en su tranquila personalidad. En pie, en voz alta lindando al grito, interrumpió la hilera de pecados achacados a las abuelas.

Si la sorpresa no hubiera callado a sus discípulos, seguro que la mala palabra de moda le hubiera manchado los labios. Desorbitada, exclamó en un comienzo paralizante: ¡Ustedes son unos malagradecidos!

Y continuó: “Mientras nuestras mamás y papás trabajaban, estudiaban, paseaban, viajaban, se divorciaban, se recasaban y se redivorciaban, las vituperadas abuelas les limpiaban los mocos, los llevaban al parque, les inventaban modelos exclusivos, rebajaban su alimentación para ofrecerles los mejores platos, gastaban la jubilación para complacerles antojos...”

La enumeración de ejemplos concretos cerró la boca de los otros estudiantes. Algunos bajaron las cabezas. Agotadas las palabras, no la emoción, trocó la ira en sollozos para murmurar en su tono suave acostumbrado: “Nos entregaron el tiempo que les faltaba a los padres”.

El conferencista lamentó que en una sola voz hablaran los sentimientos. Le facilitó el tránsito de la razón al corazón. En una pesa sin trampas colocó lo

positivo y negativo del ejercicio de la abuelidad. Las conclusiones las entregó al parecer individual.

Al final, a la salida del aula, se acercó a la muchacha anodina, la que no se acercó a quienes lo despedían. En voz alta le dijo: “Yo nunca he olvidado a mi abuela”.